

—Lo que admiro más en él, es que se deja molestar por profanos como nosotros sin incomodarse nunca. Es el único autor célebre y sencillo á la vez que he conocido. Pero es algo más que un autor. Es un verdadero hombre de mundo.

—¿No está aquí la Condesa?— preguntó Dorsenne dirigiéndose á Alba Steno y sin responder á la cortesía del Barón, como tampoco había respondido á su malicia ni al ofrecimiento grotesco del Príncipe. La ausencia de la señora Steno le había de nuevo llenado de aprensiones, que la joven disipó contestando:

—Mi madre está en la terraza. Hemos tenido miedo de que hiciese demasiado fresco para Fanny.

La Condesita había dicho esto sencillamente, mientras se daba aire con un abanico de plumas blancas, finas y rizadas. Cada movimiento del abanico hacía agitarse como una aureola sus cabellos rubios, que formaban bucles sobre su frente, un poco alta. Julián la conocía demasiado para no comprender, sin embargo, que su voz, su gesto, su mirada, todo su ser, en fin, indicaban una nerviosidad que en aquel momento llegaba al dolor. ¿Estaba aún bajo la impresión del disgusto de la víspera, ó era presa de uno de esos inexplicables sentimientos que habían llevado á Dorsenne, en sus meditaciones de la noche, á tan extrañas sospechas? Estas volvieron, con el sentimiento de que, entre todas las personas allí presentes, Alba era la única cuyo aspecto parecía indicar que conocía el drama que sin duda se preparaba. Prometiéndose buscar en seguida una vez más la palabra del vivo enigma de aquella joven. ¡Qué bella le pareció con aquella expresión que le daba una apariencia casi trágica! Los ángulos de su boca caían un poco; el labio superior,

algo corto, descubría los apretados dientes, y en su pálido rostro ¡había una amargura tan precozmente dolorosa! ¿Por qué? No era el momento de pretender averiguarlo. Antes que nada el joven debía ir á saludar á la señora Steno á la terraza, que terminaba en un paraíso de voluptuosidad italiana, el salón amueblado al estilo de París. Algunos arbustos se agitaban en grandes tientos de barro cocido. Varios tientos se dibujaban sobre la balaustrada, y más allá los pinos parasoles de la villa Bonaparte cortaban con sus negras copas un cielo de un azul aterciopelado bordado de estrellas. Un vago aroma de acacias que llegaba de un jardín próximo flotaba en el aire, que tenía la suavidad de una gasa: tan ligero, acariciador y cálido era. Aquella atmósfera dulce bastaba para convencer de la mentira de la Condesita, que había evidentemente querido justificar el que su madre y Maitland estuviesen solos. Los dos amantes encontrábanse, en efecto, el uno cerca del otro, en el perfume, el misterio y la soledad de aquella oscura y apacible terraza. Dorsenne, que llegaba de la plena luz del salón, tardó un rato en distinguir en la penumbra las facciones de la Condesa, que, vestida de blanco, estaba tendida en una meridiana de paja guarnecida de almohadones de seda. Fumaba un cigarrillo, cuyo fuego, á cada aspiración, la aclaraba lo bastante para hacer ver que, á pesar del fresco de la noche, su hermoso cuello largo y flexible, rodeado de un collar de perlas, estaba desnudo; desnudo el nacimiento de su garganta y de sus hombros; desnudo su admirable brazo, que aparecía lleno de brazaletes fuera de la manga ancha y flotante. Al aproximarse Julián reconoció, entre los olores vegetales de aquella noche de primavera, el olor particular

del tabaco de Virginia que usaba la señora Steno desde que era querida de Maitland, en vez de los cigarrillos rusos á los que Gorka la había acostumbrado. En estos insignificantes detalles se conoce á las mujeres que aman con pasión profunda, insaciablemente sensual, la única de que era capaz la veneciana. Su apasionada necesidad de entregarse siempre, las hace que adquieran las más insignificantes costumbres del hombre á quien aman. Así se explican esos cambios de gustos, de ideas, hasta de apariencia, tan totales, que á los seis meses, á los tres meses de ausencia, son otra persona. Junto á este gracioso fantasma, Lincoln Maitland estaba sentado en una silla demasiado baja para que se pudiera juzgar de su estatura. Pero sus anchas espaldas atestiguaban que antes de haber estudiado el arte—¡el arte! era menester oír pronunciar esta palabra al americano,—y hasta mientras le estudiaba, no había cesado de practicar los *sports* más atléticos de su educación inglesa. Su rostro era algo rojo, en efecto; su bigote rubio descubría sus blancos y fuertes dientes. Muchas sortijas brillaban en sus manos. En fin, era el tipo completamente contrario al de Boleslas Gorka. Si el nieto de los Castellans poloneses recordaba la peligrosa ternura de una pequeña y linda pantera, Maitland podía ser comparado á algún brutal y tremendo moloso, á uno de los perros de la leyenda de una quijada y de una musculatura bastante fuertes para estrangular leones. El pintor no aparecía en él más que en sus ojos y en sus manos, por consecuencia de un don tan físico como la conformación de la laringe de un tenor. Pero este instinto casi anormal había sido desarrollado, cultivado y secundado con esa energía de voluntad para el refinamiento, rasgo caracteris-

tico de los anglosajones del Nuevo Mundo cuando se apasionan por Europa en lugar de aborrecerla. En el momento actual, ese deseo de refinamiento parecía reducido á la aspiración apasionada de aquella divina rosa de amor, como la señora Steno era, rosa demasiado abierta y que el otoño de los cuarenta años comenzaría á ajar pronto. ¡Pero qué deliciosa estaba aún, y qué poco parecía cuidarse Maitland de que su mujer estuviese en la habitación cercana, cuyas ventanas proyectaban una claridad que hacía resaltar más la sombra de la voluptuosa terraza! Tenía en la suya la mano de su querida, que abandonó al ver á Dorsenne. Tuvo éste gran cuidado de tirar bastante brutalmente una silla al aproximarse al grupo y decir en voz alta con alegre risa:

—Hubiera hecho un mal abate galante del último siglo, pues por la noche nada veo. Si su cigarrillo de usted no me hubiera servido de faro, Condesa, hubiera ido derecho á dar en la balaustrada.

—¡Ah! ¡Es usted, Dorsenne!—respondió la señora Steno con una sequedad que desmentía demasiado su amabilidad natural, para que el novelista no dedujese de ella: primero, que desempeñaba el papel de *terzo incomodo* de las comedias clásicas; segundo, que Hafner había contado sus frases de la víspera.

—Tanto peor—pensó.—Yo la hubiera prevenido. Mientras pensaba esto, hablaba en alta voz de la temperatura del día, de la probabilidad de la del día siguiente, del buen humor de Ardea, lo preciso para hacer tiempo y alejarse de la terraza, sin que su discreción tuviese ese apresuramiento tan desagradable como la insistencia.

—¿Cuándo podremos ver el retrato concluido en

su estudio, Maitland?— preguntó continuando de pie para apresurar su marcha.

—¡Concluído!— exclamó la Condesa, que añadió, sirviéndose de un diminutivo que daba á su amigo desde las últimas semanas:— ¿No sabe usted que Linco ha borrado de nuevo toda la cabeza?

—Toda la cabeza, no —dijo el pintor,— pero el



perfil hay que rehacerle. Recuerde usted, Dorsenne, esos dos cuadros de Pier de

la Francesca, que están en Florencia: el duque Federico de Urbino y su mujer Battista Sforza. ¿No los ha visto usted en la misma sala que la *Calunnia*, de Botticelli, con un paisaje en el fondo? ¡Eso es dibujar, y eso es lo que busco, esa línea precisa, ese perfil soberbio! Ese pintor, Fra Carnavale y Melozzo, son los mejores de Italia.

—¿Y Ticiano? ¿Y Rafael?— interrumpió la señora Steno.

—¿Y los Siennois? ¿Y los Lorenzetti, de los que estaba usted apasionado en otro tiempo? Usted me lo ha escrito á propósito de mi artículo sobre vuestra exposición del 86; ¿no recuerda usted?— continuó el escritor.

—¡Rafael! —replicó Maitland.— ¿Quiere usted que le diga lo que en el fondo era Rafael? Un negociante sublime. ¿Y Ticiano? Un sublime tapicero. Verdad es que los Siennois me han gustado mucho —añadió, volviéndose á Dorsenne,— y he pasado tres meses copiando el Simón Martini del municipio, ese Guido Riccio que cabalga entre dos plazas fuertes, en un erial gris donde no hay un árbol ni una casa. ¡También me gustó ese Lorenzetti! Sobre todo el fresco de San Francisco, en el que el santo presenta su orden al Papa. Es lo que más vale. Hay un Cardenal que lleva el dedo á su boca... que es una maravilla. Pero comparado con Pier de la Francesca, Carnavale, Melozzo... —y se detuvo para buscar una palabra que resumiera la complicada idea que se agitaba en su cerebro.— ¡Eso es pintar! concluyó.

—Sin embargo, la *Assunta* de Ticiano y la *Transfiguración* de Rafael...— dijo la Condesa, que añadió en italiano con acento de entusiasmo: ¡Ah! ¡che bellezza!

—No se canse usted, Condesa— dijo Dorsenne riendo.— Son opiniones de artistas. Aquí donde usted me ve, hace diez años he dicho que Victor Hugo era un aficionado, y Alfredo de Musset un burgués... Y ahora, como yo no descendo de ningún Dux, ni de los *Pilgrim Fathers* y soy un pobre galo-romano degenerado, tengo miedo de que la humedad me haga daño para el reuma, y le pido á usted permiso para retirarme.

Después, mientras salía, murmuraba:

—¡Rafael un negociante! ¡Ticiano un tapicero! ¡Y la Duxesa que escucha eso seriamente; ella, cuyo ideal debe ser una buena madona al cromó! ¡Esto es de primer orden! Respecto á Gorka, si no me hubiera hecho perder toda la mañana de ayer, creeria haber soñado; tan poco se ocupan de él. Ardea continúa lo mismo. No está mal para un italiano, pero va á caer en el mal gusto de hablar demasiado.

En efecto; al dirigirse hacia el grupo reunido en el ángulo del salón, oyó al Príncipe contar una anécdota de aquel caballero Fossati á quien se había encomendado la venta.

—¿Cuánto piensa usted ganar por todo?— he concluído por preguntarle.—¡Oh! poca cosa—me ha respondido.—Pero muchos pocos hacen mucho.—¡Y con qué aire ha añadido: *Egià è moschino è conte*, y ya el mosquito es Conde! Este mosquito era él. Se le llamaba así cuando desempeñaba el oficio de chálán en las calles de Ombrie. Algunas ventas como la de usted, Príncipe; y mi hijo tiene el medio millón, y entra en el club, y le tutea á usted, mientras juega con usted al golfo... Palabra de honor, que jamás me he divertido tanto como desde que no tengo un cuarto.

—Es que usted es optimista, Príncipe—dijo Hafner—y aunque otra cosa pretenda nuestro amigo Dorsenne, aquí presente, es preciso serlo.

—¿Va usted á atacarle aún, padre mio?— interrumpió Fanny con un tono de respetuoso reproche.

—No—respondió el Barón,—á él no, pero sí á sus ideas.—Sí, sí—insistió, fuese que quisiera desviar la conversación que Ardea se obstinaba en llevar á su ruina, sea que, encontrando bien organizado un mundo donde es posible dar golpes como el del *Cré-*

dito Austro-Dálmate, sintiese realmente aversión profunda por la melancolía y el pesimismo, por otra parte algo fingido, de que las obras de Julián estaban impregnadas. Y añadió:

—Escuchándole á usted, Ardea, y viendo aproximarse á ese gran escritor, pensé por contraste en ese modo que se tiene hoy de ver la vida por su lado más negro.

—¿La encuentra usted muy alegre?—preguntó bruscamente Alba.

—Bien—respondió Hafner.—Estaba seguro que clamando contra el pesimismo haría hablar á la Condesita. ¿Muy alegre? No—añadió—pero cuando pienso en las desgracias que hubieran podido caer sobre todos los que estamos aquí, por ejemplo, la hallo muy tolerable. Figúrense ustedes nada más que hubiéramos nacido en otra época. ¿No se ve usted, Condesina, hace ciento cincuenta años en Venecia expuesta á ser detenida diariamente por una denuncia al Consejo de los Diez? ¿Y usted, Dorsenne, expuesto á ser apaleado como Voltaire? ¿Y el Príncipe Ardea con riesgo de ser asesinado ó despojado á cada cambio de Papa? ¿Y yo mismo, en mi calidad de protestante, cazado en Francia, perseguido en Austria, molestado en Italia, quemado en España?

Se detuvo para no mencionar lo que hubiera podido ser la señora Maitland antes de la supresión de la esclavitud. Sabía que aquella lindísima y elegante mujer participaba de los peores principios de sus compatriotas americanos sobre la sangre negra, y que procuraba ocultar aquella tacha de origen hasta el punto de no quitarse nunca los guantes. Justo es añadir que apenas si el matiz ligeramente dorado de su tez, sus cabellos un poco crespos y un vago

reflejo azulado en el blanco de sus ojos, podían revelar la mezcla de la raza. No pareció ella comprender el silencio del Barón, y arregló con aire distraído los pliegues de su traje, mientras Dorsenne replicaba:

—Es un razonamiento bueno y especioso. El único inconveniente es que carece de sentido, pues yo le desafío á usted á que imagine lo que hubiera sido en esa época de que habla. Siempre se dice: „si yo hubiera vivido hace cien años“, olvidándose de que hace cien años no se hubiera sido el mismo, ni se tendrían las mismas ideas, ni los mismos gustos, ni idénticas necesidades. Es igual que si tuviera usted la pretensión de imaginar lo que pensaría usted siendo pájaro ó serpiente.

—Siempre se puede imaginar eso, como lo que sería uno, de no haber nacido—interrumpió Alba Steno.

Había dicho la frase de tan extraña manera que la discusión cayó de golpe. Las palabras demasiosamente sentidas producen ese efecto en las conversaciones ociosas. Y aun cuando hay siempre algo de paradoja en condenar la existencia en un marco de lujo y cuando no se tienen más que veinte años, la Condesita había hablado con sinceridad. ¿De dónde venía ésta? ¿De qué rincón de su joven corazón herido y ulcerado? El único que se hizo esta pregunta fué Dorsenne, pues la conversación se reanudó, y Lydia Maitland, señalando con su abanico el puño de Alba, la preguntó con una ironía encantadora, después de la frase de la joven:

—Es muselina de seda, ¿no es verdad?

—Sí—respondió la Condesita, que se levantó y tendió á su vecina el brazo, delgado, nervioso, al través de la transparencia de la roja tela que una

cinta del mismo color anudaba á sus hombros y á su puño.

Ardea, junto á Fanny, decía á ésta, más bella que nunca aquella noche, un poco rosada por algún secreto interés.



—¿Ha visitado usted mi palacio ayer, señorita?

—No—respondió ella.

—Pregúntele usted por qué, Principe—, dijo Hafner.

—¡Padre mío!—dijo Fanny, con una mirada de

súplica, á la que Ardea tuvo la delicadeza de obedecer, y añadió:

—¡Es una lástima! Todo es allí muy ordinario, pero la capilla le hubiera interesado á usted. En el fondo, lo que más siento es la pérdida de esos objetos ante los que han rezado los míos tanto tiempo y que hacen números de un catálogo. ¡Hasta el relicario de Ugolino de Sena! Rescataré todo cuanto pueda. Su padre de usted alaba mi valor. Creo que no habré de separarme de aquellos objetos sin un verdadero disgusto.

—Ese es el sentimiento que ella experimenta por todo el palacio,—dijo el Barón.

—¡Padre mío!—interrumpió de nuevo Fanny.

—Vamos. Tranquilízate. No te haré traición—respondió Hafner,—mientras Alba, aprovechándose de que estaba en pie, salía del grupo de los habladores. Dirigióse hacia una mesa colocada en el otro extremo de la habitación, donde había té y helados, diciendo á Dorsenne:

—¿Quiere usted que le prepare su soda y su licor?

—¿Qué le pasa á usted, Condesita?—preguntó el joven en voz baja cuando estuvieron junto á la mesa, en la que la cristalería y la plata brillaban.—Sí. ¿Qué tiene usted? ¿Está usted incomodada conmigo?

—¿Con usted? —dijo ella,— nunca lo he estado. ¿Por qué?—repitió.—Usted no me ha hecho nada.

—¿Y algún otro le ha hecho á usted algo?—preguntó Julián.— Veía que ella hablaba de buena fe y que no recordaba el mal humor de la víspera.

—A un amigo como yo no se le puede engañar. Solamente con ver el modo como usted se abanicaba, he comprendido que tiene usted un disgusto. ¡La conozco á usted tan bien!

—No tengo ninguno,—respondió ella frunciendo impacientemente el ceño.—Es que no quiero soportar el oír mentir de cierto modo. Esto es todo.

—¿Y quién ha mentido?—preguntó Dorsenne.

—¿No ha oído usted á Ardea hace un momento hablar de su capilla, él que cree en Dios lo mismo que Hafner, del que nadie sabe si es judío ó cristiano? ¿No ha observado usted cómo le miraba esa pobre Fanny, y con qué tacto el Barón ha hecho alusión á la delicadeza que había impedido á su hija visitar con nosotros el palacio Castagna? ¿Y no le ha dado á usted que pensar esta comedia entre estos dos hombres?

—¡Ah!... Ahora comprendo por qué está Pepino aquí!—dijo Julián.—Habrá proyectos de matrimonio entre la heredera de los millones de Hafner y el sobrino del Papa Urbano VII. Esto me va á proporcionar un interesante asunto de conversación con alguno á quien conozco. Y la sola idea de que Montfanón supiese el caso, le produjo una extraordinaria hilaridad.—No me mire usted con indignación. Pero no puedo hallar materia para gran melancolía en esa historia. ¡Fanny casada con Pepino!... ¿Y por qué no? Usted misma me ha contado que ella es católica á medias, y que su padre espera solamente á que se case para hacerla bautizar. Será, pues, dichosa. Ardea conservará el palacio que hemos visto ayer y el Barón coronará su carrera, entregándole en forma de dote lo que habrá quitado á otros. Los yernos de esos bandidos de la banca son el desquite del accionista.

—¡Calle usted!—dijo la joven con voz sombría.

—Va usted á causarme horror. Que Ardea haya perdido todo escrúpulo y que quiera vender su nombre de Príncipe Romano lo más caro posible á cual-

quier comprador, me es igual, pues los venecianos no nos dejamos imponer por la nobleza de Roma. Hemos tenido Duxes en la familia, cuando los padres de todas esas gentes hacían aún los bandidos en el campo, en espera de que un pobre monje de su nombre llegara á ser Papa. Que el Barón Hafner coloque á su hija como se pretende que ha colocado alhajas falsas en su juventud, tampoco me importa. Pero ella... Usted no la conoce. No sabe usted que es un ser encantador, entusiasta, sincero y que jamás sospechará: primero, que su padre es un ladrón, y después, que la vende como un *biblot* para tener nietos que al mismo tiempo sean sobrinillos del Papa, y, en fin, que Pepino no la ama, que lo que quiere es su dote, y que tendrá para ella los sentimientos que se tienen para aquella—y mostró á la señora Maitland con la mirada.—Y hay todavía algo más triste que lo que le digo á usted—añadió enigmáticamente, como el que se siente llevado por su palabra y tiene miedo de ello.

—¡Sí!—dijo Julián;—¡sería muy triste!... ¿Pero está usted segura de no exagerar? En la vida no hay tanto cálculo. Tal vez el Príncipe y el Barón tienen un vago proyecto.

—¡Un vago proyecto—interrumpió Alba, cuyos hombros se estremecieron.—Con Hafner no hay nada vago. ¿Y si yo le dijera á usted que estoy segura, ¿entiende usted?, segura, que él es el que tiene los mayores créditos del Príncipe y que los hace vender por ese Ancona?

—¡Es imposible!—exclamó Dorsenne.—Ayer ha visto usted que pensaba comprar algunos objetos.

—No me haga usted hablar más—dijo Alba pasándose por los ojos la mano, donde no brillaba la

pedra de ninguna sortija, aquella mano fina y blanca cuyos movimientos indicaban su extrema nerviosidad.—Demasiado he dicho ya. Este no es asunto mío, y la pobre Fanny no es para mí más que una amiga reciente, por más que la encuentre conmovedora y tierna. Pienso que está á punto de encadenar su vida, y que no hay una persona que le grite: “¡Te mienten!...” Esto me da pena... ¡Es infantil!

Siempre es penoso notar en un ser joven esa visión exacta del aspecto siniestro de la vida, que una vez entrada en su espíritu y en su corazón no permite jamás la tranquila indiferencia, tan natural á los veinte años. Alba Steno había ya varias veces hecho conocer á Dorsenne aquella impresión de un desencanto precoz, lo que constituía el principal atractivo para aquel curioso, que en aquel momento quedó emocionado ante la terrible ausencia de ilusión que revelaba el conocimiento de los proyectos del padre de Fanny. ¿Por dónde lo sabía ella? Evidentemente por la señora Steno; bien porque el Barón y la Condesa hubiesen hablado ante la joven demasiado francamente para que ésta no pudiese abrigar duda alguna, ó bien porque los hubiese adivinado. Viéndola de aquel modo, la boca contraída, los ojos penetrantes, presa de una sorda fiebre de rebelión interior, de nuevo tuvo Dorsenne la intuición de la cabal perspicacia de la joven. No podía por menos de haber aplicado la misma fuerza de pensamiento á la conducta de su madre. Parecía que mientras subía la mecha de la lamparilla de plata de la tetera, miraba hacia la terraza, donde la extremidad del blanco vestido de la Condesa se entreveía al través de la sombra, y las locas ideas que tanto le habían agitado la víspera volvieron á

la memoria del escritor, así como el proyecto que había formado de imitar á Hamlet, haciendo en el salón el juego que el Príncipe Danes había hecho ante su tío. Distráidamente, con el aire de indiferencia que le era habitual, dijo:

—Esté usted tranquila. A Ardea no le faltan enemigos, ni á Hafner tampoco. Alguno habrá que denuncie este manejo, si es que le hay, á la hermosa Fanny. ¡Un anónimo se escribe tan pronto!...— Apenas hubo pronunciado estas palabras, se detuvo, con la emoción del hombre que maneja un arma que cree descargada y que oye la detonación de pronto. En el fondo había hablado así para tranquilidad de su conciencia frente á su propio excepticismo, y sin esperar ver pasar una nube de dolor por el altivo y movable rostro de Alba. Esta plegó sus labios con mohín de disgusto, en sus ojos apareció el más sombrío desprecio, mientras sus manos, ocupadas en preparar el té, temblaron más, y dijo con acento demasiado conmovido para no disgustar á su amigo por aquel juego de tan cruel curiosidad.

—¡Ah! ¡No lo desee usted! Eso sería aún peor que su actual ignorancia. Por lo menos, ahora no sabe nada, y si algún miserable hiciese lo que usted acaba de decir, sabría la mitad, sin estar segura. ¿Pero cómo puede usted sonreír á suposiciones semejantes? ¡No! Pobre Fanny... Espero que no recibirá anónimos. ¡Es esto tan infame y causa tanto mal!

—Perdóneme usted si la he hecho á usted daño con mis palabras—respondió Dorsenne.

Comprendía que acababa de tocar un sitio que sangraba en el corazón de la joven, y comprendía también con espanto que, no solamente no había escrito Alba las cartas anónimas dirigidas á Gorka,

sino que, al contrario, ella misma había recibido otras de la misma clase.

¿Pero de quién? ¿Quién era el misterioso denunciador que advertía de aquella abominable manera á la hija de la señora Steno, y después al amante?

Estremecióse Julián, y continuó:

—Si yo he sonreído es porque creo que Hafner, caso de que llegase esa desgracia, es bastante inteligente para tratar esos avisos como ellos se merecen. Una carta anónima ni leerse debe. El que sea bastante infame para servirse de estas armas no merece que se le haga el honor ni aun de mirarlo que ha escrito.

—¿No es verdad?—dijo la joven.

En sus pupilas, repentinamente dilatadas, apareció un resplandor de verdadero reconocimiento, que convenció por completo á su interlocutor de que esta vez no se había engañado. Acababa de pronunciar la frase que ella necesitaba, y ante aquella evidencia experimentó un acceso de vergüenza y de lástima: de vergüenza por sus malos pensamientos de la víspera; de lástima, porque la joven debía haber recibido un golpe mortal si verdaderamente se le había denunciado á su madre.

Y no podía menos de preguntarse si no había podido mostrar la infame carta á aquella madre que decía á menudo: "Educo á mi hija, conforme á los principios ingleses, en la más completa independencia.."

¡Independencia que había producido felices resultados, pues permitía que una carta de esta clase llegara á la pobre niña!

Debía ésta haberla recibido en la tarde de la víspera ó aquella mañana, pues en la visita al palacio Castagna se había mostrado alegre y á la vez ten-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY

"ALFONSO RUIZ"

NO. 4626 MONTERREY, MEXICO

furruñada, pero con enfado infantil, y aquella noche no era la niña la que sufría, sino la mujer.

Dorsenne insistió:

—Ya ve usted si nosotros los escritores no estamos expuestos á esas abominaciones. Un libro que resulta, una pieza que gusta, un artículo que sea alabado, y los envidiosos iusultan con anónimos, ó á nosotros mismos ó á los que amamos. En tal caso, se lo repito á usted, se quema sin leer, y si alguna vez le llega á usted semejante misiva, créame, siga el consejo de su amigo Dorsenne. Pues soy su amigo, ¿verdad?, su verdadero amigo.

—¿Por qué presume usted que se me escriban cartas anónimas?—dijo vivamente la joven.—No tengo gloria, ni belleza, ni millones, ni envidiosos.

Y como Dorsenne la mirase con el disgusto de haber dicho demasiado, puesto que ella se replegaba de nuevo en sí misma, añadió esforzándose por sonreír:

—Si verdaderamente es usted mi amigo, en lugar de hacerme perder el tiempo con consejos, de los que no creo tendré nunca necesidad, á menos que no llegue á ser un gran escritor, ayúdeme usted á servir el té. ¿Quiere usted? Debe estar en su punto.

Y con sus pequeños dedos levantó la tapa de la tetera, que dejó caer en seguida, añadiendo:

—Vaya usted á preguntar á mistress Maitlant si le toma esta noche, y también á Fanny. Ardea toma grog, y el Barón se dedica á las aguas minerales. Es preciso llamar para que le traigan su vaso de Vich... Bien... Usted ha hecho que me retrase... He aquí una nueva visita, y nada está dispuesto... ¡Calla, es Maud!

Y en seguida, con un estupor que le arrancó una exclamación, añadió:

—¡Y su marido!...

En efecto, las dos hojas de la puerta del salón acababan de abrirse para dar paso á Maud Gorka, siempre bella, con esa belleza británica tan grande y fuerte, llena de felicidad, y vestida con un traje de crespón de la China negro, con cogidos naranja, que hacía resaltar la frescura y dureza de sus carnes.

Detrás de ella apareció Boleslas.

No era ya el viajero que treinta y seis horas antes llegaba á la plaza de la Trinidad, loco de inquietud, frenético de celos, lleno del polvo del camino, con los cabellos en desorden, las pestañas sucias y las manos negras.

Estaba un poco delgado, pero era el elegante Conde que Dorsenne conocía, pequeño y musculoso, vestido de frac, con un lirio en el ojal, sonriente y guapo.

Para el escritor, que sabía lo que sabía, aquella sonrisa y aquella sangre fría significaban algo más terrible que la cólera de la vispera.

Lo comprendió en la manera como el polonés le dió la mano.

Una noche y un día de reflexión habían destruído su obra, y si Boleslas había fingido hasta el punto de adormecer la confianza de su mujer y de decidirla á aquella visita, era que había resuelto no consultar á nadie y buscar por sí mismo.

Sus ojos habían, ciertamente, visto el vestido blanco de la señora Steno en la terraza, mientras que la feliz Maud explicaba aquel inesperado regreso con su noble ingenuidad.

—He aquí lo que es dar á un padre poco razonable malas nuevas de su pequeño... Le escribí diciéndole que Luis tenía un poco de fiebre el otro día... Me ha contestado para preguntarme qué era. No he

recibido su carta... Ha enloquecido y ha venido...

—Voy á prevenir á mamá—dijo Alba, que pasó en el acto á la terraza, con un apresuramiento que á Dorsenne le pareció poco.

Tenía tal sentimiento del peligro que no pensó en sonreír, como lo hubiera hecho en otra ocasión, ante el buen éxito de la mentira generosa que él y Boleslas habían imaginado la vispera, y de la que el Conde había dicho con fatuidad justificada:

—Maud será tan dichosa al volverme á ver que lo creará todo.

Era una escena sencilla y trágica á la vez, con ese trágico mundano en que los sucesos son aún más tremendos, porque se efectúan sin un grito, sin un gesto, entre frases convencionales y en medio de una fiesta.

Por lo menos, dos de los espectadores, además de Julián, comprendían la importancia del caso: Ardea y Hafner, pues ninguno de ellos se hacía ilusiones respecto á las relaciones presentes de la señora Steno y de Maitland, como tampoco ignoraban su situación respecto á Gorka.

El escritor, el gran señor y el hombre de negocios, á pesar de las diferencias de edad y de medio en que vivían, tenían una gran experiencia de análogas circunstancias. Sabían de qué presencia de espíritu es capaz una mujer animosa, cuando es sorprendida, como lo era la veneciana. Los tres declararon después que no habían nunca imaginado una sangre fría más admirable, una serenidad más audaz que las de que dió pruebas la señora Steno en aquel momento decisivo.

Apareció en el umbral de la puerta-ventana, asombrada en la medida que convenía. Su tez blanca, que las menores emociones debía enrojecer, que-

dó deliciosamente sonrosada. Ni un solo movimiento de sus párpados, de una gracia turca, veló sus profundos ojos azules que un rayo de luz iluminaba. Con su sonrisa, que dejaba ver sus hermosos dientes del color de las perlas que llevaba al cuello, con las esmeraldas mezcladas á sus rubios cabellos, con sus hermosos hombros que descubría el descote del vestido, con el esplendor de sus brazos, de los que había quitado los guantes para recibir los besos de Maitland, con su paso altivo, parecía realmente una mujer de otra época, una de las hermosas princesas que los pintores de Venecia evocan sobre los pórticos de mármol entre apóstoles y mártires. Besó á Maud Gorka y, después, apretando la mano de Boleslas, le dijo:

—¡Qué sorpresa más agradable! ¿Y no han podido ustedes venir á comer con nosotros? Vamos, siéntense ustedes y cuéntenme la odisea del viajero.

Y volviéndose hacia Maitland, añadió:

—Sea usted amable, Linco, y vaya á buscarme el abanico y los guantes que he dejado olvidados en la meridiana.

En aquel momento, Dorsenne, que no tenía más que un temor, el de encontrar las miradas de Gorka, que no hubiera podido soportar, hallóse de nuevo junto á Alba. El rostro de la joven, un momento antes tan lleno de angustia, estaba ahora iluminado de alegría, como si un peso infinito se hubiera quitado de su pensamiento.

—¡Pobre niña!—pensó el novelista.—¡No puede creer que si su madre fuese culpable tendría tanta calma! La actitud de la Condesa es la respuesta al anónimo. ¿Se le habían, pues, escrito? ¡Dios mío! ¿Quién puede ser? ¿Qué va á resultar de este drama?

Y cayó en profunda meditación, que no interrumpió.

pió el ruido de las conversaciones, en las que no se mezcló más. Si en vez de meditar hubiera observado, la verdad del autor de los anónimos hubiese aparecido ante sus ojos clara como la ciega confianza de la señora de Gorka; como la imperturbabilidad desdeñosa de Maitland ante su rival y la rabia contenida de éste; como la cortesía de Hafner, sosteniendo la conversación general; como la asiduidad de Ardea para Fanny y la emoción de ésta; clara, en fin, como la alegría de Alba. Al entrar Boleslas, todos aquellos rostros habían expresado sentimientos diferentes. En uno solo, durante algunos minutos, habíase pintado la alegría del crimen y el odio satisfecho al fin; pero como éste era el de la señora Maitland, tratada por él de insignificante y tonta, Dorsenne no se ocupó de ella, como tampoco los otros testigos, de la terrible aparición del amante engañado. Todas las naciones tienen una metáfora para expresar la idea de que no hay peor agua que el agua mansa. "Las aguas tranquilas corren profundas", dicen los ingleses; y los italianos, "las aguas tranquilas arruinan los puentes". Estos adagios no serían exactos si no se les olvidase en la práctica, y el analista profesional del corazón femenino los había olvidado aquella noche.



V

La Condesa Steno.

Para una mujer menos animosa que la Condesa, menos capaz de mirar frente á frente una situación y de marchar derecha á ella, una velada semejante hubiera sido el preludio de una noche de insomnio en la que la imaginación enloquecida trajese por adelantado las angustias de un peligro solamente probable. Las crisis de temor concluyen de ordinario en resoluciones de astucia, en mentiras encarnizadas, objeto de la indignación del hombre que no comprende que la hipocresía es la sola fuerza del ser débil. La Condesa Steno no sabía lo que eran la debilidad ni el miedo. Mujer de energía y acción, sentíase á la altura de todos los peligros, y no temía nada. Así, durmió durante la noche con sueño tan